

PRINCIPIOS METODOLÓGICOS PARA LA ELABORACIÓN DE UNA BIBLIOGRAFÍA COMPARADA DE LA LITERATURA FRANCOESPAÑOLA DEL SIGLO XVII

JOSÉ MANUEL LOSADA GOYA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE, MADRID

Introducción: bibliografía y comparatismo

Establecer una bibliografía de cualquier literatura es una labor ardua y digna de admiración; atreverse a realizar una bibliografía comparada es una empresa tan original como pretenciosa. Los epítetos atribuidos a nuestro intento no han podido, sin embargo, disuadirnos. Si muchos investigadores clamarán al cielo invectivando por tamaña osadía, quizás haya unos pocos que comprenderán esta aventurada prospección; vaya nuestra petición de disculpa ante aquéllos y nuestro más sentido agradecimiento frente a éstos; y si ni siquiera contamos con la aprobación de este reducido número, al menos nos quedará el consuelo de habernos sacado una astilla de curiosidad profesional que teníamos clavada desde hace ya varios años.

Conscientes de tan sólo una pequeña parte de los múltiples reproches de que será objeto este propósito, queremos en estas líneas dar razón de los principios metodológicos que han guiado nuestro trabajo. Algunos merecerán cierto aprecio por cuanto forman parte del legado de insignes eruditos; otros, nuestros en su mayoría, atraerán la reprobación de los sabios en la materia. Creemos no obstante que un cierto proceso de sedimentación de las ideas principales podrá contribuir a la elaboración de posteriores bibliografías comparadas.

Las grandes bibliografías, tanto las generales como las especializadas, daban cuenta -todo sea dicho: de manera progresiva- de los fenómenos de recepción que se objetivaban en tal o cual obra literaria. Junto a datos principales (autor, título, fecha, tomo, paginación), se solían ofrecer referencias secundarias (ediciones sucesivas, prefacios, localización en bibliotecas); sólo de vez en cuando se hacía mención de fenómenos de influencia o recepción tales como traducciones, imitaciones y adaptaciones. Nuestro deseo ha sido, entre otros, llenar esta laguna que se hacía sentir y que tanto puede contribuir a la historia de la literatura. No se piense, empero, que con ello sólo pretendemos colmar un hueco de las relaciones internacionales: hoy en día nadie pone en duda que los estudios comparados entre dos o varias literaturas son un capítulo más de cada una de esas literaturas nacionales.

Objetivos

El primer objetivo de una bibliografía, se ha dicho, debe ser sobre todo el de proveer al usuario de una base inicial que le revela cuanto ha sido escrito con anterioridad sobre el tema de su interés; sin duda es una intención harto laudable que le evitará inútiles búsquedas por cuanto ya han sido objeto de precedentes estudios. Dicho de otra manera y con las palabras de Calmette, toda bibliografía debe permitir al estudioso «de réunir sur un point donné les éléments épars qui le concernent dans la production intellectuelle. Elle seule fournit la possibilité de répondre aux inévitables

questions qui obsèdent, dès l'abord, quiconque s'attelle à un labeur historique: qu'a écrit tel auteur? qu'a-t-on écrit à son sujet?».

Este punto no carece en absoluto de interés: de la precisión del objetivo depende algo tan importante como la delimitación del corpus bibliográfico. En este sentido, el material puede abrazar tanto cualquier tipo de manifestación escritural como ceñirse a un campo determinado. En lo que compete al terreno estrictamente literario, se requiere precisar el significado del término «obra literaria». En su sentido más extendido, nos recuerda Arbour, designa un texto escrito según los criterios de orden estético aplicados a la estructura del texto o a la escritura en sí (1977: IX). Quedarían entonces al margen las obras destinadas a la simple comunicación de hechos o pensamientos. Si bien no cabe duda alguna sobre la debida consideración de las primeras, conviene empero explicar por qué nosotros preferimos excluir en este caso las segundas.

Dentro del comparatismo nos parece indispensable delimitar con la máxima precisión el objetivo de la bibliografía de que se trata. Como es obvio, las opciones son múltiples, y no sería conducente abogar de manera apriorística por tal o cual vertiente. Entre las múltiples posibilidades nosotros hemos optado por dar el primer paso, esto es, aquél que nos permita asentar unas bases sólidas sobre las que puedan fundamentarse posteriores estudios de otros profesionales. No es otro el motivo por el que hemos incluido aquellas obras literarias francesas y españolas que, de una manera u otra, guardan entre sí alguna relación.

Por otro lado, si toda bibliografía no sabría qué hacer de juicios de valor, este principio debe quedar especialmente salvaguardado en una bibliografía comparada: queremos afirmar, pues, que hemos procurado en todo momento adoptar una neutralidad que garantice la seriedad de nuestras indagaciones. Si ello no se tuviera en cuenta, se nos podría objetar que hemos concedido igual valor documental a un autor menor que a otro de primer orden. Somos conscientes de los eventuales reproches que por ello nos puedan venir, pero no dejamos de defender por ello la importancia de todos los textos repertoriados. La relevancia de un autor no es siempre idéntica según las épocas en que sea estudiado: por poner un ejemplo, La Geneste o Mme de Sablé, hoy en día olvidados, supusieron un paso de gigante para la recepción de Quevedo y de Gracián en Francia: de hecho, ningún investigador que se precie de rigor osará ignorarlos si de veras quiere conocer las relaciones, pongamos por caso, entre Cyrano o La Rochefoucauld y dichos autores españoles.

Hablábamos arriba de «obra literaria»; con los criterios que hemos señalado, es evidente que quedan fuera de nuestro interés las producciones restantes: ciencias empíricas y ciencias no centradas en el valor estético de la escritura. En efecto, el siglo XVII es quizá el primero en el que, debido a la ingente producción y a la nueva mentalidad estética, *les belles-lettres* se definen sin dar lugar a ambigüedad alguna.

Nos topamos, pues, con obras que pertenecen a disciplinas netamente diferenciadas, como es el caso de la filosofía, la historia, las bellas artes: de una manera general podemos decir que no está de más excluirlas del corpus bibliográfico. Este mismo criterio puede ser tenido en cuenta a la hora de considerar o no pertinente la inclusión de trabajos de orden lingüístico. Siguiendo este mismo criterio, el usuario se sentirá entonces más inclinado a comprender que no hayamos incluido ni las obras didácticas (historia, geografía) ni las teológicas (ascética, mística, tratados morales). Tal opción metodológica no supone, en modo alguno, una discriminación hacia una parte tan importante de la literatura sino un mal menor en pro de una pronta ejecución de este primer trabajo: abocados a la elección, hemos debido dejar para un estudio ulterior

aquellos escritos cuyo primer objeto, no se le escapará empero a un investigador ecuánime, no es meramente estético. Desde aquí apelamos a quienes querrían colaborar en una empresa comparatística que esconde secretos insospechados.

Cabe no obstante señalar que este principio no reúne un carácter selectivo: en ocasiones puede ser útil e incluso necesaria la constatación de algunas publicaciones excluidas *a priori* pero cuyos comentarios se revelan *a posteriori* lo suficientemente pertinentes como para ser tenidos en cuenta. Existe, pues, una salvedad: aquellas ciencias del espíritu que representan un lugar preponderante para la producción humanística: nos referimos a tratados y ensayos que, debido a motivos que han demostrado avezados comparatistas, no han pasado por la historia sin dejar previamente una profunda huella en la mentalidad del siglo XVII y, por ende, en su literatura. En efecto, no debemos aprisionar en exceso la producción literaria de un país: además de las obras de creación literaria, presentan especial interés aquéllas que dan cuenta de las diversas corrientes de sensibilidad y pensamiento: en este sentido, muchos tratados permanecen indudablemente ligados a la literatura ya que los escritores los han utilizado en este sentido como fuente de inspiración directa.

Utilidad

Ahora bien, una bibliografía perderá gran parte de su eficacia si los datos proporcionados no reúnen las garantías necesarias; de ello se desprende la necesaria credibilidad de la información. De hecho existen algunas bibliografías cuya seriedad, tras un análisis profundo y pormenorizado, pueda ser puesta en tela de juicio. Lo más indicado para evitar estos extremos es que las *notices* de los títulos sean establecidas *de visu*. Sólo en caso de que ello no sea posible -por ejemplo escritos académicos dactilografiados de difícil acceso- se podrá recurrir a títulos extraídos de fuentes competentes: *Bibliographie de la France, Suppl. D: Catalogue des thèses; Index to theses accepted for higher degrees in the Universities of Great Britain and Ireland; Dissertation Abstracts; Jahresverzeichnis der deutschen Hochschulschriften, Bibliografía de la literatura hispánica, Portuguese Bibliography*, los repertorios bibliográficos de Prezzolini y Bosco y, en general, a las bibliografías nacionales de otros países. Sólo bajo estas condiciones podemos contar con un instrumento de trabajo absolutamente certero.

La seguridad ha sido uno de las máximas de nuestro trabajo: podemos afirmar que, en la casi totalidad de los casos, las noticias han sido establecidas *de visu*, esto es, debidamente cotejadas con el original sito en determinadas bibliotecas; en otros casos, de por sí evidentes, hemos debido recurrir a las bibliografías nacionales arriba mencionadas o, incluso, a reediciones cuya seriedad está suficientemente atestiguada. Cabe siempre una objeción: la consecuencia de las limitaciones humanas y que, quizás en algún caso, puede verse reflejada en un defecto de puro transvase tipográfico.

Fuentes. Bibliografías preexistentes

Entre las bibliografías nacionales disponemos de útiles instrumentos de trabajo. En el ámbito castellano se encuentran la voluminosa *Bibliografía de la literatura hispánica* y el *Manual de bibliografía de la literatura española* de Simón Díaz. En el terreno francés destacan la *Bibliographie de la littérature française du dix-septième siècle* de Cioranescu y el *Répertoire chronologique des éditions de textes littéraires* de Arbour. Permítasenos una brevísima digresión concerniente a estas dos fuentes francesas. Respecto a la primera, cabe señalar que el talante comparatista del erudito le ha traicionado, por suerte, una vez más, de modo que no son pocas las informaciones que se pueden recabar acudiendo a los compartimentos de fuentes e influencia. En lo que

atañe a la segunda, no podemos sino agradecer su exhaustividad al tiempo que sentimos su lógica limitación temporal.

Como era de esperar, las bibliografías internacionales también han contribuido en gran medida a la consecución de esta bibliografía comparada. Ilustres antecedentes son sin duda alguna la meritoria *Bibliographie hispano-française* de Raymond Foulché-Delbosc; aun cuando date de 1911, la obra del eminente bibliógrafo francés (reprografiada con posterioridad) sigue siendo útil y, añadimos con Cioranescu, indispensable para nuestra investigación. También es importante el *Répertoire chronologique des littératures modernes* de P. Van Tieghem (1937). Si bien se le puede achacar un desequilibrio en la atención prestada a las diferentes literaturas, no cabe duda de que en su época representó un paso de gigante en el terreno de los estudios de la *Weltliteratur*. La *Bibliografía francoespañola (1600-1715)* de A. Cioranescu (1977) merece también una mención especial. Sus principios metodológicos defieren en gran medida de los que animaban la de Foulché-Delbosc: a una sensible reducción del abanico espaciotemporal (exclusión del siglo XVI y del ámbito portugués) hay que añadir una ampliación del espectro funcional (inclusión de la actividad desarrollada en Francia por autores españoles). Si el objetivo perseguido por Foulché-Delbosc era la catalogación de publicaciones hispánicas donde hay intervención de un francés, la divisa de Cioranescu ha sido la plasmación de «penetración española en el ambiente cultural de Francia». A estos dos encomiables deseos nosotros hemos añadido un tercero: la señalización positiva de la recepción de obras españolas en Francia durante el siglo XVII (como quiera que hemos optado por indicar tanto las traducciones como las imitaciones y las adaptaciones, queda claro que aquí el vocablo recepción pertenece al ámbito de la literatura comparada). En efecto, si la labor desempeñada por Cioranescu significaba un paso sin precedentes, faltaba proceder al lógico paso subsiguiente; esta tarea sólo podía ser objeto de una bibliografía comparada. Dicha disciplina no supone solamente la constatación de presencias, sino que exige también -aun cuando se huya del rigorismo de los *rapports de fait*- el establecimiento de las mutuas imbricaciones existentes entre dos o más literaturas; en lo que a nosotros respecta, aquí dejamos constancia del movimiento ejercido en un sentido al tiempo que dejamos para otros eruditos el estudio del flujo, de un caudal ciertamente menor durante el siglo XVII, existente en el sentido inverso.

Fuentes. Monografías

Las fuentes que componen una bibliografía son primordialmente los trabajos dedicados a una literatura: obras completas, ediciones críticas de textos individuales, tratados de incuestionable profundidad científica, artículos de revistas o de obras colectivas, reseñas significativas y tesis. No es inusual que se desdeñen libros de cariz pedagógico, ediciones escolares, reediciones y antologías.

Ahora bien, en ningún momento hemos de descuidar uno de los principales -si no de los mayores- objetivos de nuestro trabajo: el establecimiento *comparado* y *razonado* de una bibliografía determinada en un período determinado. En efecto, no se trata exclusivamente de proporcionar unos datos que, más o menos fácilmente, pueden obtenerse en otras bibliografías. Nos ha parecido indispensable proveer unos datos al mismo tiempo que sus correspondientes relaciones. Damos así cuenta de las principales semejanzas o, cuando éstas son evidentes, diferencias entre las obras de uno y otro país. Esperamos que, en este caso, se nos permita un método tan tradicional y positivista de la literatura comparada: conscientes de sus limitaciones, lo consideramos sin embargo indispensable para no errar en esta primera incursión bibliográfica.

Periodización

Los estudios sobre periodización han conocido en la crítica literaria contemporánea un enfoque completamente distinto al que se les diera en otras épocas. Así, no son pocos los autores que han impugnado las periodizaciones basadas en criterios propios de la historiografía (Aguar 1972: 244; Guillén 1971: 423-429; Torre 1970: 238; Marino 1977: 40). No es rara, ni mucho menos, la clasificación secular; tal es el caso de muchas bibliografías que, como la de Klapp y en aras de un respeto por la tradición, han escogido esta partición propia de lo que otros han denominado *l'histoire événementielle*. Cabe no obstante hacer un pequeño inciso que saque a la luz alguno de los problemas de tal acercamiento; pongamos, por ejemplo, la existencia de autores a caballo entre dos siglos que, como Anatole France (1844-1924), resultan desfavorecidos ante tal tratamiento. Entran aquí en litigio toda una serie de nociones fundamentales que es preciso utilizar con la debida propiedad si no se quiere caer en una ambigüedad contraproducente. Época y estilo de época, generación, escuela, corriente, movimiento y período no son, en modo alguno, términos sinónimos.

Aun con todo es preciso recordar que los criterios no son siempre todo lo definitivos que cabría desear. Es perfectamente posible optar por una vertiente y posteriormente comprobar que dicha inflexión no presenta un entorno netamente definido. En efecto, todos los períodos literarios -como consecuencia directa de la misma esencia humana que los informa- se caracterizan por su resistencia al molde donde querríamos fijarlos. La resultante suele ser entonces admitir las limitaciones de toda definición humana y explicar, tan bien como se pueda, las razones que aconsejan tal o cual postura. Pongamos el ejemplo del voluminoso *Répertoire chronologique des éditions de textes littéraires* de R. Arbour y cuyo título general de la obra es *L'ère baroque en France*. Ahora bien: ¿dónde comienza, por ceñirnos sólo al primer tomo, el barroco francés? ¿Cabe dirimir de una vez por todas e iniciar su estudio, como el erudito hace, en 1585? Declarar taxativamente que tal fecha es inamovible supondría una ceguera intelectual de gran calibre. El mismo Arbour se ve entonces abocado a reconocer las limitaciones de su opción: «Notion mouvante par essence, le baroque n'a jamais été absent de la littérature du XVI^e siècle, surtout à partir de la Pléiade. Il a existé longtemps sous la forme de phénomènes épisodiques avant de devenir la tendance majeure d'une mentalité et d'une écriture» (Arbour 1977: VIII).

Sin embargo no deja de ser importante, diríamos incluso imprescindible, establecer desde un principio el criterio que predomina en cada opción determinada. Una vez que un investigador ha asentado debidamente las líneas directrices de su trabajo, el usuario de una bibliografía ya se encuentra en condiciones de esgrimir determinadas expectativas sobre la información que pueda proporcionarle una bibliografía determinada. En el caso que ahora veíamos, el autor desdén la delimitación *événementielle* -aun cuando 1585 marque una fecha tan importante como pueda serlo la muerte de Ronsard- porque piensa que no es consecuente apoyar un determinado fenómeno literario en este tipo de motivos.

Desechado el criterio del mero acontecer histórico, cabe entonces derivar hacia otros criterios estrictamente literarios. Entre ellos, uno de los más socorridos es sin duda el de tomar una obra crucial como punto de partida. Las ventajas son a todas luces evidentes: la proclividad a la mnemotecnia y la capacidad vulgarizadora que encierran tales programas. Se puede objetar no obstante que una época literaria no se define solamente por estas *œuvres majeures*: es preciso considerar otros factores como el número de obras, la variedad de los temas, la evolución de los gustos, las incidencias de lo real, la proliferación de las formas, la recepción de las literaturas extranjeras... En

el caso que ahora comentábamos el autor se inclina por un criterio de orden primordialmente genérico: el comienzo de la prosa novelesca moderna y del teatro barroco cuyo primer exponente son *Les Bergeries de Juliette* de Nicolas de Montreux en ese mismo año 1585. Señalemos no obstante que Arbour debe reconocer el carácter ciertamente arbitrario de su elección: «C'est sans raison bien précise que j'ai fixé en 1585 le début de la période baroque... [J'ai] opté pour une date [...] facile à retenir»; lo cual nos demuestra una vez más los márgenes de tolerancia que deben regir todo acercamiento a una ciencia del espíritu.

Pongamos un caso aclaratorio: la delimitación del famoso siglo XVII. Quizás los paradigmas seguidos por nuestros predecesores nos ayuden mejor a aprehender los problemas que se nos han planteado. En su *Bibliographie de la littérature française du XVIIe siècle*, Cioranescu admite que el siglo en cuestión se extiende desde 1601 hasta 1700. Ahora bien, precisamente en el momento en que hemos hecho una opción general ahí mismo comienzan los entresijos particulares: ¿qué hacer, nos preguntábamos arriba, con los autores que están a caballo entre dos siglos? Aun cuando decide hacer una serie de acomodaciones -por ejemplo respecto a Malherbe, Fontenelle o Saint-Simon-, no por ello queda al resguardo, y él mismo lo confiesa, de múltiples reproches. Doce años después el mismo erudito rumano se enfrenta con idéntico problema, ahora resuelto de manera un tanto diferente: en la *Bibliografía francoespañola* arriba citada, Cioranescu procede al repertorio de obras comprendidas entre todo el siglo XVII y los primeros quince años del siglo XVIII. Es obvio que en esta ocasión el insigne investigador no ha querido guiarse únicamente por criterios únicamente basados en el paradigma cronológico: de hecho, una bibliografía francoespañola del siglo XVII sólo debería incluir las obras comprendidas entre 1600 y 1699. Si Cioranescu ha optado por esta «natural prolongación hasta 1715», no cabe la menor duda de que son otros los motivos que le han llevado a ello: hoy en día nadie cuestiona la enorme transcendencia que ha tenido, en el orden de las ideas -y, por ende, en la historia literaria-, la muerte de Luis XIV; no podemos decir otro tanto de la elección de la fechas del inicio de su repertorio.

Ahora bien, adentrados en el terreno puramente comparativo, no podemos seguir idénticas pautas a las elegidas por estos eruditos que nos han precedido: si las dataciones prioritarias de un país, como es el caso citado de Francia en 1715, son de orden unívoco, todo análisis debe presuponer el carácter eminentemente ambiguo o, si se prefiere, equívoco, de las relaciones bilaterales. Es a todas luces evidente que los acontecimientos históricos de un país no repercuten de manera homogénea en el cambio de las mentalidades del propio país que en las del país vecino: el óbito de Felipe II en 1598 apenas si tiene algún eco estrictamente literario al otro lado de los Pirineos aun cuando uno de los ejes de su reinado fuera el afianzamiento del catolicismo en Francia y en los Países Bajos meridionales -y otro tanto cabe avanzar en el sentido inverso con el deceso del Rey Sol. No son pues estos criterios los que deben informar nuestra investigación a la hora de considerar la recepción de la producción literaria española allende los Pirineos.

Como se observa, caben múltiples apreciaciones al respecto. Sea como fuere, el principal problema con el que nos encontramos es la delimitación cronológica de la «influencia» ejercida por un país sobre otro -permítasenos utilizar aquí este término sin por ello querer alentar ningún tipo de rivalidad o *rapport de forces*. Por otro lado, las relaciones literarias entre ambos países han sido tan frecuentes desde tiempos inmemoriales que queda desechada, en una empresa como la nuestra, la posibilidad de remontarnos indefinidamente hasta tiempos tan pretéritos como los inicios de la épica

francesa o el romancero. Dado que éste es un primer trabajo que no cuenta con precedente alguno en el terreno de la literatura comparada francoespañola, consideramos modestamente que la opción más sensata es la delimitación secular -eso sí, con el frívolo «capricho» lógico y estético de la ampliación al año 1700.

Géneros literarios

Entra aquí también en concurso un compromiso dentro de las tan variadas como lícitas vertientes del fenómeno comparatístico. En efecto, la genología de la que tanto se habló en otros tiempos de la literatura comparada debe ocupar un lugar de primera importancia en la elaboración de una bibliografía como la nuestra; y ello, aun cuando sólo fuera por vía de exclusión: no sería concluyente proceder a la elaboración de una bibliografía comparada que ignorase el género de las obras que atraen su atención. No queremos decir con ello que este aspecto haya de ser principal, pero es obvio que cualquier acercamiento bibliográfico general, si no quiere pecar por ignorancia, debe partir de unos presupuestos teóricos debidamente definidos dentro de la teoría de los géneros literarios. No es otro el motivo por el que hemos detallado en cada caso el género dentro del cual se encuadran las obras en cuestión.

Establecimiento y optimización de los materiales

Pocas aclaraciones se hacen tan urgentes como la de precisar qué consideramos o no como edición. Esto que, a primera vista, parece *superfétatoire*, no lo es tanto después de haberse batido el cobre con el sinfín de tiradas de una misma obra tan semejantes entre sí que sólo varían en el nombre del librero, la fecha de la edición o el tipo de formato; se requiere entonces distinguir entre verdaderas reediciones y meras reimpressiones: en éstas últimas sólo se modificaba, por lo general, la portada. Coincidimos plenamente con Cioranescu y Arbour sobre el establecimiento del número de ediciones según los libreros y editores. Hoy día sabemos, por ejemplo, que «pour écouler leurs invendus les libraires changeaient parfois leur page de titre pour une autre annonçant une nouvelle édition, et que, d'autre part, une page de titre, qui est un carton, ne fait pas partie du premier cahier d'ouvrage». Se precisa, pues, proceder a un examen que pertenece al campo de la bibliografía meramente material. Por ello, cuando las tiradas de una misma obra sólo se diferencian por el nombre y la dirección del librero, hemos preferido considerar que se trata de una única edición. Ahora bien, nos parece que este hecho tiene su relevancia desde el punto de vista de la recepción comparada: una tirada hecha por varios libreros supone, en principio, un determinado horizonte de expectativas del libro en cuestión; ello explica que hayamos procedido por lo tanto a dejar constancia del resto de los libreros que la publicaron. Otro caso a no olvidar es el de tiradas en las que varía la fecha: aun cuando el resto de la obra no varíe lo más mínimo, en principio es evidente que sucesivas tiradas de una misma obra traslucen también su éxito. Decimos en principio porque también pudiera ser que se tratara de ediciones puramente irrelevantes desde el punto de vista cuantitativo, *rafraîchissement des éditions invendues*, se ha dicho. Desgraciadamente, y sobre todo en el terreno español, la información del número de ejemplares que comprendía cada tirada es mínima. Lo incuestionable en estos casos es que ha habido tiradas posteriores de las que, dada su relevancia para la historia de la fortuna de una obra concreta, nosotros preferimos dejar constancia.

Conviene también explicar los motivos que han aconsejado la disposición de los materiales. En efecto, caben varias posibilidades siendo las más socorridas la diacrónica, la sincrónica y la alfabética.

Hablando de historiografía, todo el mundo sabe de sobra que toda historia es, por definición, diacrónica. Son abundantes los repertorios bibliográficos que prefieren establecer sus listados de manera diacrónica. El motivo es evidente: el desarrollo retrospectivo al filo de los años permite sin duda evaluar fácil y simultáneamente, según grupos cronológicos más o menos próximos, la masa de obras y su grado de difusión. Es más: llegarán días en los que seamos testigos de auténticos trabajos estadísticos, basados en cifras y gráficos, que nos hagan aún más evidente la evolución de la literatura.

Por otro lado, tal tipo de catalogación se presenta especialmente útil dentro de un acercamiento sincrónico de la literatura comparada. Los cortes sincrónicos pueden presentar, y de hecho presentan, un gran interés dentro de un mismo sistema cultural. Entraríamos entonces a estudiar el «presente de la cultura» (término acuñado por Jakobson), esto es, lo que cada época produce, importa o elimina de las obras extranjeras. No faltan quienes proponen «biopsias» transversales excesivamente reducidas -incluso de un solo año- que permitirían estudiar la tendencia respectiva de un determinado grupo de literaturas según escuelas y movimientos; nos viene a la mente la obra dirigida por Brion-Guerry sobre el año 1913. Consideramos no obstante que tal corte sincrónico, ciertamente adecuado para el estudio de períodos literarios o de literatura general (Van Tieghem 1937: 5; Chevrel 1989: 35; *Œvres & Critiques* XII/2, 1987), no es el más conveniente en nuestro caso por cuanto favorecería una confusión de orden puramente teórico; en efecto, dadas las condiciones de distribución de la literatura entre Francia y España -fenómeno que han explicado brillantemente Cioranescu (*Le masque et le visage. Du baroque espagnol au classicisme français*) y Mérimée (*L'influence française en Espagne au dix-huitième siècle*)- dicho lapso de tiempo apenas es representativo en el terreno de la recepción comparada de obras individuales. Pongamos un ejemplo cogido al azar del repertorio de Van Tieghem. 1656 es una fecha como otra cualquiera, pero indica la publicación de una tragicomedia que habría de tener un éxito sin precedentes (86 representaciones consecutivas): *Timocrate* de Thomas Corneille. Simultáneamente aparecía *La belle invisible* de Boisrobert, comedia inspirada en *Los efectos que hace amor* (1640) de Castillo Solórzano. Pues bien, aun cuando no tengamos en cuenta la idiosincrasia de la edición española del siglo XVII -las comedias, cuando se imprimían, ya llevaban habitualmente varios años en la escena-, es preciso no olvidar que ha transcurrido un espacio de tiempo considerable entre la primera impresión de la obra española y la obra francesa; lo que hoy en día apenas tardaría varios meses debido a la rapidez y la facilidad de las comunicaciones, entonces había requerido nada menos que dieciséis años: de manera general, cuando en Francia adquieren relevancia determinadas obras de teatro, sus respectivos autores apenas tienen todavía el predicamento de los comienzos.

Si nosotros hemos repertoriado los libros de manera alfabética es por varios motivos. El primero de ellos de orden meramente funcional: nada más fácil que el recurso a la clasificación alfabética latina para proceder al hallazgo de un autor determinado. Entre las múltiples posibilidades que se nos ofrecían -tratamiento cronológico, genológico, temático-, nos ha parecido que ésta es la que reunía más garantías de eficacia. Por otro lado, dada la importancia del tráfico literario ejercido en sentido sur/norte, nos ha parecido más lógico disponer los datos a partir de los nombres de los autores españoles. No obstante, y con vistas a la optimización de este instrumento de trabajo, hemos añadido una relación de los autores franceses que pueda ayudar en los estudios de recepción.

Pensamos además que esta disposición no impide cierto estudio cronológico: de hecho, dentro de un mismo autor, hemos colocado sus obras diacrónicamente. Otro motivo fundamental es el talante mismo de esta bibliografía comparada: la recepción de una literatura extranjera pasa principalmente a través de obras determinadas y dichas obras siempre tienen un autor, identificable de hecho las más de las veces. Dicho con un ejemplo gráfico, podríamos haber estudiado la recepción de la producción española en 1636-1637 (privilegios, publicación y representación de *Le Cid*); cabía también ofrecer el material necesario para estudiar los transvases culturales francoespañoles durante la guerra de los Treinta Años; hemos preferido sin embargo que el usuario acceda inmediatamente a la recepción, pongamos por caso, de la obra de Cervantes.

Un apartado suplementario que también requiere su explicación es el tratamiento de los datos proporcionados. En este aspecto coincidimos plenamente con quienes distinguen entre una labor tan importante como la de los bibliófilos y un trabajo tan perentorio como el de los investigadores de la literatura. Si aquéllos exigen una multitud ingente de detalles -firmas de cuadernos, contenido de piezas liminares, viñetas, grabados, adornos y otras particularidades tipográficas-, éstos reclaman la totalidad y la seguridad de los datos pertinentes. Si bien es cierto que todos son útiles, no lo es menos que aquéllos habrían alargado desmesuradamente las dimensiones de nuestro trabajo al tiempo que habrían retrasado considerablemente su aparición. En lo que a nosotros respecta, hemos creído indispensable transcribir al menos una vez los datos completos de las correspondientes obras españolas y francesas. Aunque no habría sido inútil ofrecer en cada noticia todos los datos, hemos preferido hacerlo sólo cuando dicha exhaustividad reunía una ventaja aclaratoria; por ejemplo, cuando una obra aparece reeditada dentro de otra. En el resto de los casos, hemos suprimido los datos secundarios -los cuales no son a menudo sino meras repeticiones de la edición precedente- indicando dicha omisión mediante tres puntos y corchetes.

Del párrafo precedente se desprende que no ha sido la nuestra una obra de bibliófilo, sino más bien la de un investigador que procura proporcionar datos seguros para posteriores indagaciones. De ahí que hayamos intentado en todo momento proporcionar los principales elementos de identificación: autor -con su lugar y fecha de nacimiento y defunción-, título, lugar de edición, nombre y apellido del editor, fecha, formato, número de páginas. Añadimos también datos que nos parecen imprescindibles en una bibliografía, tales como las principales bibliotecas donde se encuentran ubicadas las obras en cuestión; caso de no haber podido localizarlas, nos remitimos a nuestra fuente de información. También hemos procedido a anotar, cuando lo hemos considerado conveniente, la obra de referencia que da razón del hecho comparativo. Cabe añadir que, cuando la correspondencia comparada es dudosa, hemos preferido llamar la atención -en el debido apartado dedicado a las observaciones- sobre la credibilidad de nuestra fuente de información.

Puesto que arriba hemos hablado de reediciones, nos toca ahora explicar su disposición en nuestra bibliografía. Respecto a las obras españolas, hemos considerado indispensable dar noticia de la edición princeps sin por ello vernos obligados a transcribir las ediciones posteriores. Dicho criterio nos ha parecido el más lógico y eficaz si bien no elimina el problema, tan consabido, de la dificultad existente para identificar dichas ediciones en castellano. Somos conscientes de que no resolvemos así todas las cuestiones de literatura comparada: lo ideal habría sido dar cuenta de las ediciones en castellano o de las versiones en francés utilizadas por los respectivos autores franceses para sus traducciones y adaptaciones, pero a nadie se le esconde la imposibilidad de tal empresa. Sí hemos considerado oportuno, no obstante, dejar

reflejadas las diferentes ediciones en castellano publicadas en Francia de las que tenemos noticia. Respecto a las obras francesas, transcribimos siempre tanto la edición princeps como todas las ediciones individuales publicadas en el siglo XVII (tanto en Francia como en Bélgica y Holanda). A la par que veíamos impracticables ciertas labores como la que acabamos de indicar, nos parecía indispensable dar cuenta de estas ediciones que se reflejan tan útiles -por sus referencias diacrónicas, sus valores estadísticos- para los estudios de recepción. Estas reediciones son presentadas, al final de cada noticia, bajo la rúbrica de «ediciones posteriores». Con objeto de optimizar su utilización las hemos colocado por orden cronológico. Evidentemente, no repetimos los títulos, si bien hemos intentado indicar, mediante fórmulas sucintas, las variaciones pertinentes.

Baste, para concluir, que esta primera bibliografía comparada no puede gloriarse de exhaustividad: quedan aún muchos hallazgos por realizar, numerosos errores por desenmascarar y múltiples datos que precisar; modestamente reconocemos nuestras limitaciones y dejamos su posterior perfeccionamiento al avance de las técnicas bibliográficas y los medios científicos. En pocas palabras, se trata de una bibliografía elemental que cada investigador podrá aumentar -e incluso corregir- según sus necesidades recurriendo a sus conocimientos y a las bibliografías nacionales especializadas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguiar e Silva, Víctor Manuel de. 1972 [1967]. *Teoría de la literatura*, Madrid, Gredos.
- Arbour, Roméo. 1977. *Répertoire chronologique des éditions de textes littéraires. Première partie 1585-1615*, Ginebra, Droz, vol. 1.
- Bossuat, Robert. 1971 [1951]. *Manuel bibliographique de la littérature française du moyen âge*, Nendeln (Liechtenstein), Kraus Reprint, reed. de Melun, Librairie d'Argences.
- Chevrel, Yves. 1989. *La littérature comparée*, París, PUF.
- Cioranescu, Alexandre. 1965. *Bibliographie de la littérature française du dix-septième siècle*, París, CNRS, 3 vols.
- Cioranescu, Alejandro. 1977. *Bibliografía francoespañola (1600-1715)*, Madrid, Anejos del Boletín de la Real Academia Española (XXXVI).
- Cioranescu, Alexandre. 1983. *Le masque et le visage. Du baroque espagnol au classicisme français*, Ginebra, Droz.
- Guillén, Claudio. 1971. *Literature as System. Essays toward the theory of literary history*, Princeton, Princeton University Press.
- Klapp, Otto. 1960. *Bibliographie der Französischen Literaturwissenschaft. 1956-1958*, Frankfurt am Main, vol. I.
- Malclès, Louise-Noëlle. 1969. *Manuel de bibliographie*, París, PUF.
- Marino, Adrian. 1977. *La critique des idées littéraires*, Bruselas, Éditions Complexe.
- Martin, Angus, Vivienne G. Mylne & Richard Frautschi. 1977. *Bibliographie du genre romanesque français (1751-1800)*, Londres-París, Mansell-France Expansion.
- Simón Díaz, José. 1960. *Bibliografía de la literatura hispánica*, Madrid, CSIC.
- Simón Díaz, José. 1977. *Manual de bibliografía de la literatura española*, Madrid, Gredos, 3ª ed.
- Torre, Guillermo de. 1970. *Doctrina y estética literaria*, Madrid, Guadarrama.
- Van Tieghem, Paul. 1937. *Répertoire chronologique des littératures modernes*, París, Droz.
- Wigny, Pierre. 1968. *La nouvelle bibliothèque de l'honnête homme*, Amberes, Excelsior.

